

Gustavo Ariel Schwartz

El otro lado



Si este tipo dejara de mirarme de esa manera, quizás podría concentrarme en lo que les estaba contando. A ver... voy a intentar continuar con la historia

El otro lado

Gustavo Ariel Schwartz

Índice

Reír para contarla

La filtración

Metamorfosis

No amarás a tu prójimo

Historias partidas

Espejos

Reír para contarla

*A Julieta,
por haberme inspirado
esta historia y por todo lo demás.*

*Lo más horrible se aprende enseguida
y lo hermoso nos cuesta la vida
Silvio Rodríguez*

Si este tipo dejara de mirarme de esa manera, quizás podría concentrarme en lo que les estaba contando. A ver... voy a intentar continuar con la historia... ¡Joder! ¡Qué fría que está esta mesa! Perdón... me distraje otra vez; es que no puedo evitarlo, todo esto es nuevo para mí. A lo que íbamos; parece mentira que haya sido mi primera vez (y la última), que nunca antes lo hubiera intentado; es que para ser honestos, siempre me dio un poco de miedo el asunto. Cuando era niño, una mirada de mi padre bastaba para que ni siquiera lo intentase; “*con una sonrisa es suficiente*”, solía decir. Ya de más grande la cosa empezó a darme un poco de asco y opté por olvidarme del tema; esas arcadas espasmódicas, esos sonidos guturales y esa transformación de la cara me parecían tan grotescos, tan salvajes, tan ajenos a la naturaleza humana y a las buenas costumbres que hasta los había borrado de mis sueños; pero debo admitir que de haber sabido cómo era la cosa lo hubiera intentado mucho antes; y además, visto lo visto, hubiera ido de a poco. Pero ya se sabe, la experiencia no es como el conocimiento, la experiencia no se puede transmitir, no se puede enseñar; ¡joder! ¡Qué poco hemos avanzado! No sería acaso mucho más inteligente enseñar a reír, a querer, a besar, que enseñar a construir rascacielos, satélites o coches. ¡Dios mío; si me hubiera escuchado hace una semana diciendo estas palabras! Pero bueno... ya me estoy yendo por las ramas, como siempre; es que a cierta edad... ustedes sabrán disculpar ligeras desviaciones de lo que les iba a contar. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, lo del parque. Ayer por

la tarde, luego de que mi nieta se ganara una estúpida pistola de agua tras haber pescado del pescuezo unos patos de plástico que flotaban en un pequeño carrusel, nos sentamos con mi hija y mi yerno en la cafetería del parque de atracciones. Obviamente, lo primero que hizo la niña cuando trajeron los cafés y el agua fue cargar el depósito de la bendita pistola; ¡ya va a empezar a joder con la puñetera pistolita!, pensé. El hastío era más que evidente en mi rostro y mi hija no dejaba de recriminármelo; la pobre creía que todavía podía cambiar algo en mí; me obligaba a pasear con mi nieta en la absurda creencia de que eso podía cambiarme; como si yo tuviese algo que modificar de la intachable vida que había llevado hasta entonces. ¿Qué coños podría querer cambiar yo a esta altura de mi vida? ¿Qué podría aprender yo de una mocosa de seis años? Y mientras la niña correteaba alrededor de la mesa con la pistola de agua en la mano, mi hija volvía a reprocharme por enésima vez mi falta de cariño hacia la cría; y mientras mi hija me reprendía yo buscaba apoyo en la mirada de mi yerno; con él sí se podía conversar; él era como yo: serio, responsable, correcto y gentil; hablábamos de negocios, de coches, de inversiones, en fin... cosas que mi hija nunca comprendería; y mientras pensaba en eso ocurrió lo inevitable; tanto correr, tanto saltar, la mocosa terminó en el suelo, llorando; mi hija se acercó para consolarla y yo recogí la bendita pistola para ver si la terminábamos de una buena vez. Y fue entonces cuando ocurrió algo extraño; no sé si habrá sido por un reflejo ancestral de mis años en el ejército o por algún azar traicionero, pero la cuestión es que la pistola acabó, incomprensiblemente, empuñada en mi mano derecha. La niña continuaba llorando mientras mi dedo índice acariciaba sensualmente el gatillo de la pistola; la textura del plástico me resultaba desconocida pero la empuñadura se dejaba acariciar sin miramientos; ejercí entonces una ligera presión sobre el gatillo; sentí que apenas ofrecía resistencia y entonces presioné un poco más y luego volví a soltarlo; repetí el juego dos o tres veces empujando cada vez un

poco más; finalmente arremetí hasta el fondo y la pistola, estremecida, descargó toda su ira sobre el rostro de mi yerno. El tiempo se detuvo por un instante y todos nos miramos calculando la reacción apropiada; la niña, que no medía sus reacciones, cortó el llanto en seco y emitió un sonido que pareció una risa lastrada de lágrimas; todos continuamos mirándonos, tensos, sin saber cómo reaccionar y entonces volví a disparar sobre el rostro empapado de mi yerno que me miraba como quien ve por primera vez a un hombre con tres cabezas; la niña volvió a reír, esta vez más fuerte y más claro; moví ligeramente la mano y disparé de nuevo, esta vez sobre la cara de mi hija; la niña se descojonaba de la risa y yo, lentamente, comencé a imitarla; dos disparos más bastaron para que mi hija secundara mis carcajadas, que a medida que aumentaban mermaban mi puntería haciendo que los siguientes disparos a mi yerno terminasen uno en el hombro y el otro en la mesa del fondo; yo no podía dejar de reír ni de disparar; mi cuerpo se retorció de maneras que yo desconocía y eso me causaba aún más gracia; y continuaba disparando, ya sin importar adonde; uno de esos disparos fue a dar en mi propio rostro y entonces mi hija y mi nieta se ahogaban de la risa mientras mi yerno, todavía perplejo y serio, se secaba la cara con un pañuelo. Me dolían todos los músculos de la cara; pero no era un dolor amargo como el que yo había conocido hasta entonces; el dolor era distinto; era un dolor dulce, delicioso, que apenas tuve tiempo de saborear. Continué riéndome sin parar durante toda la noche... y ahora estoy aquí, sobre esta mesa fría completamente desnudo. El forense que ahora vuelve a mirarme, absolutamente perplejo, no puede explicarse cómo un muerto puede tener semejante sonrisa dibujada en el rostro; en sus veinticinco años de carrera nunca había visto algo igual. Menea suavemente la cabeza sin terminarse de creer lo que está viendo y coge el bisturí. Yo mejor me voy, las autopsias me impresionan un poco.

San Sebastián, 5 de Octubre de 2007

La filtración

A Luisa Etxenike

No escuchó el timbre; casi nunca lo escuchaba. Lenta e imperceptiblemente él se había vuelto imperturbable, inmune a ciertos estímulos externos. Otto se sentía, y con razón, completamente a salvo dentro de su pequeño y predecible universo. ¿Y es que acaso existe un lugar más seguro que uno absolutamente predecible? Probablemente no. Su casa, que a veces confundía con su universo, era una antigua mansión construida en el Siglo XVI y remodelada sucesivas veces en los siglos posteriores. Aunque a Otto no le gustaba reconocerlo, los cimientos de la casa todavía descansan sobre las ruinas de una antigua iglesia del Siglo X destruida a principios del Renacimiento. La casa ha sobrevivido desde entonces a terremotos, incendios, revoluciones y ataques de todo tipo.

Nora abrió la puerta, cogió el abrigo empapado y dijo que el señor la esperaba en el estudio. Subió la escalera principal escoltada por una hilera de retratos de tres generaciones de científicos, incluidos varios Nóbel, que custodiaron el honor de la casa durante más de un siglo. En el primer piso, el pasillo que conducía al estudio estaba empapelado de diplomas, títulos y galardones. Abrió suavemente la puerta del estudio y caminó hasta la ventana, sobre la pared opuesta a la entrada. En el camino observó con atención la inmensa biblioteca, la lámpara de pie que iluminaba mezquinamente el lugar, y el siempre pulcro y ordenado escritorio donde Otto estaba trabajando. Otto no la escuchó entrar; y sólo se percató de su presencia cuando ella descorrió una pesada cortina que cubría la ventana.

- Hay muy poca luz en este lugar – dijo ella con cierta ironía.

- ¡Ana! – dijo él sorprendido. - No te escuché entrar.

Miró el reloj y agregó:

- Te esperaba a las cinco.

- Faltan diez minutos, ¿si querés me voy a charlar un rato con Nora?

- No, no; está bien. Después sigo con esto – dijo mientras se rascaba la cabeza.

Ella encendió un cigarrillo y sacó luego de su bolso un libro que apoyó sobre la mesa pequeña que estaba junto al sofá. Él se acercó a la mesa, cogió el libro y leyó el título. Con la mirada un poco perdida reflexionó un momento y luego sonrió.

- ¿Así que volvés a los anagramas?

- Ya ves, no puedo evitarlo.

- ¿Y vos pensás que tus lectores se van a dar cuenta que el nombre del protagonista es un anagrama?

- Eso ya depende de las ganas que ponga cada uno. Los que no quieran hacer el esfuerzo de buscar algo más, leerán una historia; los que decidan bucear un poco en los nombres de los personajes captarán, además, la esencia del libro.

- Me parece que lo dejás todo demasiado librado al azar.

- ¿Y qué pretendés, que agregue un manual de instrucciones?

- No sé, podrías sugerir la idea de los anagramas de algún modo.

- Ya lo hago; quedate tranquilo que ya lo hago. Lo presento la semana que viene; supongo que vas a venir, ¿no?

- Estoy con mucho trabajo, pero te prometo que voy a hacerme un hueco. Además las presentaciones de tus libros me parecen muy divertidas. Un montón de gente tratando de explicar lo inexplicable.
- No veo mucha diferencia con cualquiera de tus congresos.
- Ana... no empieces otra vez con esa historia.

Ella lo escuchaba y sonreía mientras se dirigía al escritorio y observaba sus notas.

- ¡Por favor no toques nada! – dijo él preocupado, como sabiendo de qué hablaba.
- ¿Seguís con el tema ese de los perturbados? – preguntó ella.
- Los únicos perturbados son los escritores – ironizó él, y agregó – Lo que estoy analizando es cómo pequeñas perturbaciones pueden afectar drásticamente a sistemas abiertos apartándolos del equilibrio.
- ¡¡¡Ahhh!!! – exclamó ella.

Para aquel entonces la teoría de pequeñas perturbaciones en sistemas cerrados (aquellos que no tienen intercambio con el exterior) era bien conocida. Otto pretendía entonces extender la teoría a sistemas abiertos (aquellos que intercambian materia, energía e información con el exterior). La comprensión de estos sistemas era fundamental ya que comenzaba a haber cierta evidencia de que la inmensa mayoría de los sistemas eran abiertos, incluso los que hasta entonces habían parecido cerrados. Llevaba años en ello y en los últimos meses el trabajo se había empantanado.

- ¿Y cómo vas con tu nueva teoría? – preguntó ella intuyendo cual sería la respuesta.

- ¡Fatal! – contestó él. - No puedo resolver el problema del intercambio de información.

Era como si el significado de la información dependiese de dónde se encontraba el sujeto que la interpretaba. Cierta información, mientras permanecía exterior al sistema, parecía ser inconsistente con éste o incluso negar sus principios elementales cuando era interpretada desde dentro del sistema. Pero si por algún motivo la información se filtraba, entonces súbitamente adquiría sentido y alteraba el sistema llevándolo a una nueva posición de equilibrio.

- ¿Y por qué no hablás con Zara? – preguntó ella.

- ¡Ni me la menciones! Cada vez que aparece lo único que hace es generar problemas.

- ¡Precisamente! – exclamó ella. - Tu problema es que seguís viendo los problemas como problemas; y los problemas son oportunidades; Zara lo que hace es abrir el juego.

- ¡Pero... por favor, Ana! No seas ridícula.

A Zara la habían echado hacía ya mucho tiempo de la Academia de Ciencias argumentando que no contribuía a la comprensión de la realidad. Rodén, que había fundado la Academia e impuesto su ideología, se había encargado personalmente de expulsarla. Hoy Rodén languidece y la Academia aun no sabe que Zara puede ser lo que ésta necesita para sobrevivir.

- Si tenés dudas, deberías hablar con ella – insistió Ana.
- ¡Yo no tengo dudas! – exclamó indignado.
- En ese caso lo siento por vos; así no vas a llegar muy lejos.
- Te equivocás, como siempre. Sólo las certezas nos permiten ir lejos.
- ¡Lo tuyo es patético! – exclamó ella. - Pero igual confío en que algún hada caritativa va a rescatarte de tu calvario; si no fuera así no estaría charlando con vos. Haceme caso, habla con Zara.
- No lo voy a hacer, definitivamente. – respondió él

Pero su inconsciente, ese inquilino irracional y traicionero que todos llevamos dentro, no opinaba lo mismo y le recordó una historia que él ya conocía perfectamente. En 1609 Galileo apuntó su telescopio al cielo y observó cuatro satélites girando alrededor de Júpiter. Esto significaba un golpe demoledor al dogma imperante de que todo giraba alrededor de la Tierra. Los dueños del poder, del dogma y de la verdad se negaron a mirar a través del telescopio. No era necesario, argüían; sabemos que el planteo es absolutamente ridículo.

Ella encendió otro cigarrillo y se acercó a la ventana. Aun seguía lloviendo. Se quedó callada, contemplando la lluvia durante un par de minutos y luego dijo:

- Estaba pensando que tu teoría y mi novela se reducen más o menos a intentar resolver el mismo esquivo problema.
- ¿Ah sí? – preguntó él siguiéndole el juego. - ¿Y cual es ese problema?
- La diferencia entre hombres y mujeres.
- ¡¿Ah sí?! – repitió él. - ¿Y cual es la diferencia?

- ¿Sabés cual es la diferencia? Es que las mujeres nos dejamos penetrar, somos más permeables; y nos dejamos penetrar de maneras que un hombre jamás consentiría...

En ese momento entró Nora en el estudio con una bandeja con té y masas. La campana lo salvaba una vez más. Sin embargo esta vez, aunque aun no sabía por qué, Otto no sintió el mismo reparador alivio de otras ocasiones. Otto se quedó perplejo, no sabía qué responder. Sentía que cualquier comentario lo pondría inevitablemente en ridículo. Pero fundamentalmente, Otto no sabía qué responderse a sí mismo. Revolvió su té hasta marearlo y luego preguntó.

- ¿A qué hora sale tu vuelo?

- A las ocho.

- ¡Ya deberías estar camino al aeropuerto! ¿Le digo a Nora que te lleve?

- No hace falta, Zara va a pasar a buscarme. Se viene unos días conmigo, creo que me va a hacer bien.

- Hacé como quieras; pero preferiría no verla – dijo él.

- Yo no puedo hacer nada; tarde o temprano te vas a cruzar con ella.

Ambos pensaron que sería mejor cambiar de tema y continuaron conversando insípida y desinteresadamente lo que duran dos tazas de té y unas masas.

Una nube se deshizo de ellas sin ninguna culpa y cayeron y cayeron hasta que una teja negra dijo basta y las hizo rodar hasta una fisura que unos días, unos meses antes, el sol y el frío habían abierto cuidadosamente. Ella recorrió en un descapotable encapotado

el largo sendero que une la entrada de la finca con la puerta de la casa; salió del coche como si no lloviera y se dirigió a la entrada. Ellas recorrieron con esmero el laberíntico y azaroso camino de las fisuras, siempre hacia abajo, pacientemente. A punto de pulsar el timbre, optó por el llamador de hierro (*“Es el llamador de la puerta”*, pensó Otto; *“hacía años que no lo escuchaba”*). Apretadas unas contra las otras, esperaban sin ansiedad el gran momento. *“Adelante, por favor”* dijo la cordial voz de Nora. Y allí se lanzaron, como en una coreografía sin coreógrafo, a cumplir con su no misión. *“¿Su nombre, por favor?”*. *“Zara”* respondió ella.

- ¿Y ese ruido? – preguntó Ana.

- ¡Mierda, mierda! Mis notas – exclamó Otto mientras corría hacia el escritorio.

- Plic, plac – continuaban repitiendo las gotitas que caían sobre sus papeles.

Otto observó angustiado sus notas borroneadas y las guardó en un cajón. Nora entró al estudio para avisar que Zara había llegado. Ana guardó un par de cosas en su bolso, se despidió de Otto y bajó con Nora al recibidor, donde Zara la esperaba. Otto se quedó en el estudio, pensativo. Dudó, por fin, unos momentos, y luego, tímidamente, se asomó a la escalera. Ana estaba de espaldas, colocándose el abrigo mientras conversaba con Zara. Zara levantó imperceptiblemente la vista. Lo vio; y le guiñó un ojo. Otto contuvo la respiración. Las dos mujeres se fueron y Otto regresó al estudio. Se sentó en el sillón y cogió con ambas manos el libro que había dejado Ana. Apoyó el canto del libro sobre sus labios, con fuerza, y se quedó así, pensando. De repente abrió el libro y comenzó a leerlo.

“No escuchó el timbre; casi nunca lo escuchaba...”

Cerró el libro y se dirigió al escritorio. Observó atentamente una y otra vez sus notas emborronadas por la lluvia. Las ecuaciones originales ya no se distinguían, pero había algo allí que captaba irresistiblemente su atención. No podía explicarlo, nadie hubiera podido, pero allí, en esas manchas, había algo. Cogió unas cuantas hojas en blanco y garabateó frenéticamente decenas de folios durante varias horas. Llenaba hojas con fórmulas e hipótesis y las estrujaba y arrojaba con violencia. Los bollos de papel huían de una papelera que estaba ya desbordada, y ocupaban posiciones estratégicas sobre la alfombra del estudio. Las tazas de café se reproducían sobre su ya caótico escritorio. Otto por fin no pensaba, todo era fluir; ya habría tiempo más tarde para pensar.

Hacia las tres de la mañana la oscuridad comenzaba a despejarse. La teoría cerraba perfectamente. Los sistemas abiertos tienen una naturaleza intrínsecamente caótica y son, por lo tanto, impredecibles. Los sistemas cerrados son esencialmente predecibles, y difícilmente devienen en sistemas abiertos. Algunos sistemas abiertos, lamentablemente, degeneran en sistemas cerrados.

San Sebastián, 14 de abril de 2005

Metamorfosis

A Julio Cortázar

*Fama,
cama, carma,
croma, crono,
cronolio, cronobio,
Cronopio*

Otto miró la hora en el viejo reloj de péndulo, sobre la pared opuesta a la entrada del estudio; abrió sobre el escritorio un libro de Comte, y se dispuso a terminar el artículo. Afuera llovía, pero él aun no podía notarlo; los gruesos muros que su abuelo trabajosamente había levantado, lo aislaban y lo protegían del mundo exterior. Con la cabeza inmóvil, sus ojos recorrían con un movimiento casi mecánico cada línea del texto. De pronto algo no encajaba, era como si un engranaje se hubiera trabado. “Las palabras son muy ambiguas”, pensó, “debería agregar más ecuaciones”. Sus dedos volvían entonces al teclado y veía aparecer en la pantalla uno a uno los símbolos que darían solidez a su argumento. Él no sabía, no podía saber, que ese texto que estaba terminando de escribir lo transformaría de una manera tan radical. Había como una cierta fatalidad, y al mismo tiempo una cierta liberación en ese texto que versaba, precisamente, sobre números y transformaciones.

Numerosos registros arqueológicos permiten pensar que el concepto de número apareció muy pronto en la historia de la humanidad. El hombre primitivo poseía ya una idea rudimentaria del concepto de número. Algunas tribus utilizaban las palabras “hombre”, “mujer” y “varios” para denotar las cantidades numéricas “uno”, “dos” y “tres” respectivamente.

Y por momentos era como si se desdoblara, como si se saliera de sí, como si no fuese uno, como si en realidad fuera dos; y mientras sus dedos continuaban escribiendo, él recordaba la inevitable serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Las partidas de ajedrez con su abuelo; los acertijos numéricos; el descubrimiento temprano de la bella perfección de las demostraciones matemáticas. Y luego el colegio, y medalla de oro, y el mejor alumno, y la graduación con honores. Su padre estaba orgulloso, él se estaba convirtiendo en un hombre íntegro, entero. Él sentía que todo estaba decidido desde siempre; y eso lo tranquilizaba. La idea de un mundo azaroso, impredecible, subjetivo, lo aterraba; y había encontrado un refugio perfecto en la matemática, aquella máquina de generar verdades. La reina de las ciencias lo seducía con su objetividad y eficacia. Otto miró el reloj y continuó trabajando.

Gradualmente el hombre primitivo aprendió a servirse del concepto de número para sus necesidades prácticas y utilitarias. Comenzaron a aparecer así, de manera lenta y progresiva, distintas clases de números. Los primeros en aparecer fueron, naturalmente, los números naturales, aquellos que utilizamos para contar. Más tarde, mucho más tarde, llegaría el cero; luego, el desarrollo del comercio introduciría los números negativos. Los naturales, el cero y los negativos constituyeron entonces el primer gran conjunto de números: los números enteros.

Y entre párrafo y párrafo Otto contemplaba la inmensa biblioteca de su estudio, y sonreía, y recordaba cómo lentamente los libros de matemática habían ido desplazando las historias fantásticas, las revistas de superhéroes y los libros de aventuras. Tímido y con miedo escénico, se relacionaba poco y no tenía muchos

amigos. Solía decirse a sí mismo que no tenía tiempo para salir con chicas, pero íntimamente lo aterraba el hecho de no tener ningún tipo de control sobre los sentimientos y las decisiones de las demás personas. Concebía las relaciones humanas como una rama de la lógica; pero por algún motivo que todavía desconocía las cosas no funcionaban de ese modo, y mucho menos con las chicas. Esa reclusión interior tenía también un correlato externo; salía poco, rara vez visitaba las ciudades cercanas, y jamás había salido de su provincia natal. Las matemáticas no requerían de la experiencia sensible y eso le parecía maravilloso. Definitivamente la matemática lo había cautivado; esa posibilidad única de descubrir los misterios del mundo, de saber que el Universo es comprensible, y que lo comprendemos, lo obsesionaba.

Los números comenzaban a ocupar un lugar cada vez más importante en la vida de los hombres. Además del comercio, que había dado un salto cualitativo con la invención de la matemática, primero, y con la del dinero, después, los números comenzaron a desempeñar un papel importante en la magia, la brujería y el cálculo de horóscopos.

Miró la hora e hizo una pausa para descansar un poco mientras recorría con la vista los estantes de la biblioteca. Allí estaba su violín; aquel asombroso instrumento capaz de transformar teoremas matemáticos en sonidos maravillosos. Y un poco más arriba la foto de su abuelo, que desde un rincón lo vigilaba y le recordaba que su destino ya estaba escrito y que él sólo debía ejecutarlo. Poco a poco los libros de matemática iban reproduciéndose en su biblioteca hasta conformar un paisaje uniforme y monótono. Forraba los libros con papeles de colores según el tema que trataran y dentro de cada categoría ordenaba los libros por autor, en orden alfabético. Él lo consideraba un

método muy eficiente que le permitía rápidamente encontrar el libro que buscaba; a pesar de que todos los lomos eran iguales, jamás tomaba un libro por error. Gradualmente fue eliminando de manera sistemática cualquier vestigio de azar que pudiera aparecer en su vida.

Para la época de los griegos, el número se había convertido en un objeto de culto y estudio. Los pitagóricos asociaban los números uno, dos y tres con la “unidad primordial”, la “mujer” y el “hombre”. Para los pitagóricos y sus discípulos, los números gobernaban el Universo. Unieron para siempre la música y las matemáticas a través de la teoría pitagórica de las proporciones; los números racionales, aquellos que pueden expresarse como fracción de dos números enteros, permitían explicar no sólo la armonía musical, sino también el movimiento de los planetas que los griegos imaginaban como “música de las esferas”. Todo podía reducirse a relaciones numéricas.

Sin embargo él ignoraba, igual que lo ignoraban los griegos, que en toda idea se esconde el germen de su propia contradicción. Los racionalistas negaban, se negaban, una parte importante de la realidad. Él creía que el azar y la irracionalidad eran atributos femeninos; y como buen varón que era, que creía ser, intentaba inútilmente alejarse de ellos. “Nunca les des la espalda”, le había repetido su abuelo hasta el cansancio; “son muy traicioneros y en cuanto te descuidás los tenés adentro, llenándote de dudas, incertezas y temores”. Y entonces en algún momento, sin darse cuenta, sin proponérselo, de una manera casi vulgar e inocente, la moneda cayó del lado equivocado y él probó el fruto prohibido. Casi por descuido, abrió una puerta, un libro; y el azar, que no perdona descuidos, se coló. “¡¿Qué podía haber de malo en un ensayo

escrito por un físico acerca de la razón y el dinero?!; después de todo era un científico”. Su padre se lo había advertido; “*escuchar, abrirse, es muy peligroso; corre uno el riesgo de que lo convengan.*” Y no se convenció, pero comenzó a dudar; y es que la duda es azar disfrazado de jactancia. Y entonces otro ensayo, y más dudas, y desconcierto, y temor, y no saber hacia dónde.

La tradición le atribuye también a la escuela pitagórica la demostración del Teorema de Pitágoras, que tuvo para ellos consecuencias drásticas e inesperadas. El descubrimiento de que existen ciertos números que no pueden escribirse como fracción de dos números enteros, es decir que no son racionales, contradecía la doctrina básica de los pitagóricos. Cuenta la leyenda que los pitagóricos intentaron guardar el secreto acerca de los números irracionales y que Hipasus, uno de los miembros de la escuela, fue asesinado por divulgarlo. Por cierto, los irracionales causarían muchos dolores de cabeza a las generaciones posteriores.

Y el abuelo murió, y él tímidamente comenzó a conocer gente; y alguien le acercó un libro, y ese mismo alguien le presentó más gente, y sin darse cuenta estaba militando; y se reunía de noche y a escondidas en sucios bodegones; y por fin un par de piernas y un mundo nuevo se abrían para él, abría para él; y aquel mismo alguien apareció un día con la cabeza partida por un odio brutal, incomprensible, y sin darse cuenta estaba encerrado en su cuarto, temblando de miedo. Había puesto un pie en un mundo nuevo, eso que pronto llamaría realidad, del cual no tenía ni mapas, ni indicaciones ni brújula.

Los números reales, la realidad, está formada por la conjunción de racionales e irracionales. Ambos eran necesarios, pero no fue sino hasta mediados del Siglo XIX que esta forma de entender la realidad fue aceptada. Más allá de los reales estaban los números complejos o imaginarios. Los imaginarios incluían a los reales como un caso particular, pero eran infinitamente más numerosos, más interesantes, más intensos. La realidad nunca supera a la ficción; eso es un invento de los racionales.

De pronto notó un reflejo extraño en el monitor, tenía los ojos rojos, y los números y las letras se enfocaban y desenfocaban alternativamente. Se acercó al monitor, no reconocía el texto, no reconocía la imagen ni el reflejo. Estaba cansado, pero tenía que terminar el artículo. El reflejo se hizo más intenso, y entonces sí reconoció ese par de ojos que no eran suyos. Fijó la vista, e intentó penetrar el misterio de esa otra mirada, un tanto ajena y un tanto propia. Completamente seducido, no podía comprender ni dejar de mirar; sentía, percibía que algo estaba cambiando, pero no podía transformarlo en palabras, no podía hacer inteligible aquella sensación de verme a mí misma, pero desde fuera, como si fuese otra, pero al mismo tiempo él, aunque ya no, ya nada sería como antes, había cruzado una línea, ya no habría regreso posible. Me froté los ojos y saqué las gafas del bolso; aproveché entonces el reflejo del monitor para acomodarme el pelo; me descalcé y me puse cómoda. Ahora me sentía mejor; seguía cansada, pero veía las cosas con más claridad. Deseaba terminar el artículo.

Los racionales fueron siempre más dúctiles, más predecibles, más fáciles de interpretar; los irracionales, en cambio, siempre generaban problemas; no encajaban en los marcos teóricos de los racionales y no era fácil definirlos ni

tratarlos. Posteriormente se descubrió que no todos los irracionales son iguales; algunos de ellos son trascendentes, imprescindibles.

Dejé de teclear y recordé inmediatamente la frase del Bertolt Brecht. Me recliné en el sillón de mimbre, bebí un poco de agua y dejé que mis dedos serpentearan sobre el negro lomo de Osiris mientras mi mente se iba de paseo. Y en la biblioteca los libros de matemática trepaban al estante siguiente para dejar paso a los libros de filosofía, ensayos y algunos libros de historia de la ciencia. Y allí estaba la foto de mi abuela, regalándome su sonrisa y sus consejos; y el violín y el reloj de péndulo, que un día se aburrió de hacer tic-tac y comenzó a oscilar de manera extraña, y a gotear pintura (*dripping* le llamarían más tarde) hasta convertirse en un Pollock.

Ni los racionales ni los irracionales pueden por sí solos explicar la realidad. La racionalidad necesita de la irracionalidad, de sus destellos, espontáneos e impredecibles, que trazan marcas al azar sobre la tensa y blanca tela de la razón, como faros en un mar embravecido. Esos fugaces momentos de irracionalidad, como son los sueños, la distracción o el delirio, son los que permiten que la razón tenga algo que decir; la irracionalidad, la imaginación constituyen el combustible esencial de la razón.

Y los libros de matemática se desnudaban de sus aburridos trajes y continuaban ganando altura, empujados ahora por los de filosofía que dejaban su lugar a las primeras novelas, libros de cuentos y tímidos libros de arte que se colaban imperceptiblemente. Los libros de aquella biblioteca estaban perfectamente desordenados; pero yo sólo necesitaba mirar un instante, de reojo, para saber qué libros no estaban allí. De alguna

manera que no podría explicar, conocía la posición exacta de cada libro en ese mar de palabras. Aun así disfrutaba paseando los dedos suavemente sobre los lomos y deteniéndome en algún libro olvidado. Yo creía fervientemente en la ósmosis literaria; ojeaba un libro y sentía que las palabras me permeaban las yemas de los dedos; luego leía el índice, la introducción e imaginaba el resto; mientras estuviesen en la biblioteca, podía hablar de libros que jamás había leído como si yo los hubiese escrito.

Desde sus comienzos en Grecia, la cultura occidental se ha mostrado en general bastante mal predispuesta hacia la irracionalidad, la imaginación y sus productos. Ya Platón criticaba la creación artística como una mera copia de segunda clase del mundo ideal de las formas puras; y consideraba que los artistas eran locos poseídos por poderes demoníacos.

Y es que en cierta forma era así; después de muchos años había descubierto que el poder catártico del arte superaba cualquier terapia psicoanalítica. Había vomitado en forma de cuentos, novelas y pinturas cientos de demonios que me poseían y me torturaban. Me reconocía en mis textos, en mis pinturas, y me sentía bien con eso. Había encontrado una manera propia de ver el mundo y ya no me sentía atada a ninguna misión, ni visión, ni prisión. Y a veces sentía como que había vuelto a nacer, como si de nuevo el mundo girara en torno a mí, pero de una manera distinta; era un mundo que yo creaba y recreaba y me creaba; era una caja de resonancia en la que me fundía y me con-fundía con ese otro mundo que era yo.

Recién en el Renacimiento comenzó a considerarse que la imaginación podía contribuir a la interpretación del mundo externo; sin embargo, la

imaginación sólo era aceptable si podía ser controlada por la razón. Durante los siglos XVII y XVIII la Ilustración se encargó de reforzar el mensaje estableciendo que la humanidad debía guiarse por “la luz de la razón”. La Ilustración asoció imaginación con ignorancia, subjetividad, superstición, irracionalidad y prejuicio. No es hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX que la imaginación es vista como una aptitud positiva.

Ya no se escuchaba llover; me acerqué a la ventana, encendí un cigarrillo y vi como un trozo de cielo estrellado se colaba desafiante entre las nubes. Advertí entonces que la luz del sol nos impide disfrutar de la inmensa belleza del cielo nocturno. Los astrónomos no observan de día; los poetas tampoco. Aquella luz los encandila, eclipsa la infinita riqueza que el mundo tiene para ofrecernos. El cielo no tiene ninguna gracia de día; allí está el Sol, amo y señor del cielo; y abajo todos girando, guiados por la luz, como girasoles, que no tienen otra opción, que no pueden elegir; pero el mundo no está hecho sólo de día.

Si bien la imaginación es necesaria, y hasta donde sabemos imprescindible, para (creer) comprender y modificar el mundo, no es por sí misma suficiente. Es necesaria una instancia posterior que permita transformar esas imágenes en objetos estéticos, en ficciones, en conocimiento, en definitiva en algo comunicable capaz de ser percibido e interpretado por otras mentes. Esta segunda instancia la constituye la creatividad; pero eso...es tema para otro artículo.

Cerré el libro de Bretón y lo dejé sobre el escritorio. Y de nuevo las imágenes, siempre las imágenes, deslizándose vertiginosamente en mi cabeza; pero esta vez no eran ficción sino recuerdos. ¿Y es que existe acaso alguna diferencia? Recordaba sin proponérmelo, la increíble serie de acontecimientos que me habían llevado hasta allí. El descubrimiento temprano de los clásicos; las partidas de ajedrez con mi abuelo; los escritores rusos que me leía mi abuela; los acertijos numéricos; y la universidad, y el descubrimiento de la bella perfección de las demostraciones matemáticas; y aquellos años increíbles de Cortazar, Marquez, Bioy Casares, Borges; y París, y Buenos Aires, y Centro América, y Madrid; y entonces la imaginación, y poemas cursis, y cuentos malos, y volver a empezar; cuentos buenos, una novela. Definitivamente la literatura me había cautivado; esa posibilidad única de inventar mundos, de saber que la realidad es inaprensible y sin embargo querer, pretender comprenderla, me apasionaba. ¿No había sido acaso siempre así?

San Sebastián, 30 de Noviembre de 2005

No amarás a tu prójimo

A Martín Caparrós

Dios no podía dormir esa mañana, y ni siquiera lo sabía. No era que estuviese nerviosa: era que no sabía. Si hubiese conocido esa manera moderada de no ser que los bichitos, unos siglos, unas horas después, empezarían a llamar sueño, otra habría sido la historia de su día. La ignorancia de Dios siempre tuvo terribles consecuencias.

[*Un día en la vida de Dios* – Martín Caparrós – Seix Barral, 2001]

Si bien Dios pertenecía a una familia acomodada, sus caprichos, su ansiedad y, sobre todo su impertinencia hacia los “arquitectos” del orden universal la habían condenado a la terriblemente aburrida tarea de crear mundos posibles. Un trabajo rutinario, casi denigrante, que prometía poco o nada. Sin embargo, lentamente comenzó a notar que la irrelevancia de su trabajo le permitía experimentar libremente. Casi nadie le pedía explicaciones acerca de lo que estaba haciendo. Dios tenía la curiosa habilidad, dentro de su gran ignorancia, de encontrar regocijo donde otros sólo percibían tedio y aburrimiento.

Comenzó entonces a experimentar de cara a lo que sería su gran obra. Les demostraría de una vez por todas a esos vejetes lo que ella era capaz de hacer. Sus primeros intentos eran claramente toscos y denotaban muy poco conocimiento del tema. Estrellas frías, planetas planos que vagaban perdidos por el espacio y agujeros negros no parecían apuntar en la dirección correcta. Pero poco a poco iría encontrando su propio estilo. Y cuando decimos propio es en sentido estricto. Su trabajo en solitario, su desconexión del resto y la ausencia de un entorno intelectual apropiado marcarían

fatalmente el destino de su obra. Pero ella, ajena en absoluto a estas consideraciones, intentaba tenazmente definir su estilo.

Esas bolas rocosas que giraban ahora en torno a estrellas calientes parecían tener más futuro que sus intentos anteriores. Fue entonces, unas horas después en su largo día, cuando el azar, una de las tantas cosas que Dios ignoraba, hizo su aparición y la vida surgió en una de esas bolas rocosas. Dios, sorprendida, observó el fenómeno con curiosidad. Estaba emocionada con el resultado de sus experimentos, como si ella hubiera tenido algo que ver al respecto, y seguía atentamente la evolución de esas criaturas. Aun cuando Dios no era muy perspicaz, no tardó en darse cuenta del rumbo que tomaban los acontecimientos; esas criaturas, aunque primitivas, deambulaban a su antojo y no tenían ni la más remota idea de la existencia de Dios. Insegura y vanidosa como era, Dios no podía permitir semejante desprecio y decidió intervenir en persona.

Tras varios infructuosos intentos logró crear un bichito que le resultaba simpático y cumplía más o menos con sus deseos. Decidió entonces convivir un tiempo con él, y adoctrinarlo en su adoración, antes de dejarlo no ser. Todo iba de acuerdo a lo planeado hasta que Dios comenzó a sentir curiosidad por la quinta extremidad del bichito. Algo la atraía y no sabía exactamente qué era, pero tampoco podía dejar de pensar en ello. El bichito, que por primera vez se sentía orgulloso y con cierto poder sobre ella, se paseaba haciendo ostentación de lo que ella más deseaba, revoleando de aquí para allá ese oscuro objeto del deseo. Si, oscuro; porque el bichito, igual que Dios, era negro. Esta historia no podía terminar de otra manera que con el bichito, extasiado, viendo la cara de Dios, y Dios con una sensación de placer que jamás logró repetir ni explicarse. El bichito se entusiasmó y pretendió repetir la experiencia con cuanto Dios encontrara, pero no había más Dios que ella, que al bichito ya no le interesaba. Dios, por su parte, sentía una necesidad indescriptible de repetir aquella experiencia, pero él

se negaba permanentemente. Celosa y desquiciada, Dios decide deshacerse del bichito; pero en un raptó de perversa reflexión, Dios decide que mejor que matarlo es condenarlo a sufrir eternamente. Le improvisa entonces al bichito una compañera, a su imagen y semejanza (la de Dios), para que nunca se olvide de ella, y los condena a vivir por siempre amores no correspondidos. Luego Dios expulsa a ambos de su morada e intenta, sin éxito, olvidarse del asunto. Los bichitos continúan su vida, amando y sufriendo, como lo había dispuesto Dios. Pero la condena de Dios tuvo un extraño efecto secundario; gracias a ella hoy los bichitos disfrutan de la poesía, la literatura, el arte y, por supuesto, el psicoanálisis.

Göteborg, 30 de Agosto de 2003

San Sebastián, 5 de Enero de 2007

Historias partidas

*A Silvina,
por regalarme esta historia
y por todos estos años.*

Después de lo de Ana se me dio por recorrer cementerios; por buscar entre los muertos un trozo de vida al que aferrarme. Desde entonces deambulo al azar por los cementerios de París leyendo epitafios e imaginando historias; historias que me permitan escapar de la mía, que me protejan, que no me dejen pensar; sin embargo no lo consigo, no logro olvidarme de mí; comience por donde comience siempre termino cayendo en mi propia historia, en esta historia. Comienzo a tirar del hilo, de una punta que apenas sobresale del ovillo, y resulta que al final del hilo, al final de los innumerables nudos, de las idas y venidas del hilo en el ovillo, siempre estoy yo; deshilachado, como corresponde a la punta del hilo.

Entré una mañana al cementerio de Montparnasse y comencé mi ya rutinario y errático paseo necrológico. Mi cabeza partida en mil pedazos se dedicaba a leer epitafios, a mantenerme en pie evitando árboles, pozos y turistas, y a pensar en Ana, en aquella Ana que probablemente ya no volvería a ver. Tristeza, frío, cansancio, angustia... en algún momento me senté, abatido, en un banco de madera; tardé un rato en reaccionar. En frente mío un enorme tilo que comenzaba a deshojarse protegía la lápida de Morelli; uno de los tantos escritores que como Sartre, Simone de Beauvoir o Baudelaire vagan de noche por este cementerio literario, por este cementerio de historias. El mármol blanco estaba vestido de notas, dibujos y mensajes que le dejaban sus más fieles seguidores; leí unos cuantos y los volví a colocar cuidadosamente, cada uno en su sitio. Los mensajes eran de lo más variado; desde cursilerías al estilo “*Te*

amo” o “*Eres mi inspiración*” hasta largas cartas confesando grandes penas de amor, exilios o historias de brillantes carreras literarias injustamente truncadas. Pero lo que realmente llamó mi atención fue un trozo de papel amarillento, arrugado, colocado como con descuido; no podría explicarlo pero era como si ese trozo de papel me hablara y me dijera “*léeme*”. Lo cogí con cuidado, como si fuese un incunable, lo desarrugué y lo leí. El trozo de papel parecía como arrancado de algún sitio; el texto no empezaba ni terminaba; la letra era apretada, casi ilegible, pero tenía un punto de seducción y misterio que invitaba a leer, a desvelar el mensaje; la nota ponía:

... ahí dentro entonces hay cosas que no son el hilo solamente, el ovillo no es un hilo arrollado sobre sí, dentro del mundo del ovillo entrevé ahora tu sorpresa cosas que no son hilo, ahora ya sabés que hilo más hilo no basta para dar ovillo...

¿Quién podía dejar un mensaje así? ¿Qué podía significar aquello? Pensé enseguida en el hilo de Ariadna, aquel que puede sacarnos del laberinto; o en el hilo conductor; el hilo conductor de nuestra vida, o de una historia. Y entonces volví a leer “... *hilo más hilo no basta para dar ovillo...*”. Y entonces me acordé de Ana, y de que el vínculo que habíamos tendido, ese hilo que creíamos indestructible, ya no existe. Es triste, muy triste, asistir a la lenta muerte de un hilo; ir viendo cómo incluso hasta el más fuerte se va deshilachando lentamente; un poco aquí, un poco allá; hasta que llega un día en que el más ligero roce, la más tenue brisa, lo hace añicos; y se acabó el hilo. Yo había perdido el hilo que me sacaría del laberinto; o peor aun, mi ovillo era demasiado pequeño y yo me había aventurado demasiado lejos. Estaba atrapado para siempre en ese laberinto de lápidas y muertos.

Miré que nadie me viera y guardé el trozo de papel en el bolsillo de la chaqueta donde mis dedos volvieron a toparse con la carta de Ana, con aquel salvavidas agujereado al que yo quería aferrarme para mantenerme a flote en medio de la nada. Me fui del cementerio pensando que en algún sentido todos somos un rejunte de partes, una especie de Frankenstein socialmente aceptado; estamos hechos de partes de otros, de partes de muertos que aun no se pudrieron, de experiencias olvidadas, de recuerdos inventados; jirones que vamos incorporando a nuestra propia historia; a veces elegantemente; a veces como parches cosidos a la ropa para tapar los agujeros; y cada cosa que nos ocurre, cada acontecimiento, cada trampa del azar añade a nuestra vida un nuevo párrafo que debemos de algún modo acomodar en el relato de nuestra vida para que ésta tenga (parezca tener) algún sentido. Pero a veces ocurre que se nos pierden un par de líneas y tenemos entonces que reescribirnos parte de la historia; tardamos algún tiempo en lograrlo, en reacomodar el conjunto; a veces escribimos y borramos y volvemos a probar hasta que la historia, nuestra historia, queda más o menos como queríamos. A veces sucede que un viento feroz nos arranca un párrafo entero y entonces la cosa se complica; la historia ya no nos queda como queríamos. A mí... se me han perdido varias páginas de esta historia.

Volví al cementerio al día siguiente. Las hojas secas de los árboles comenzaban poco a poco a cubrir los senderos del cementerio; y mientras caminaba entre hojas muertas, que yacían a su vez entre otros muertos, volvía a invadirme esa insoportable sensación de que yo también me estaba deshojando; de que mis sueños e ilusiones se iban desprendiendo de mí; de que un otoño anticipado se había instalado en mi mente. Continué cavilando y caminando hasta llegar a la tumba de Morelli donde me esperaban el banco de madera, el tilo con sus hojas ocres y la lápida blanca tapizada de notas,

flores y dibujos. Revisé con cuidado cada una de las notas; más o menos lo mismo del día anterior; nada que llamara mi atención. Me senté en el banco a descansar y me distraje mirando el cielo azul de otoño. El cielo frío de París estaba surcado por decenas de trazos blancos como estrellas fugaces en pleno día; un cielo arado por aviones. Aviones que sin saberlo llevan historias de aquí para allá; aviones como los que me han traído hasta aquí, persiguiendo en vano una historia rota por el tiempo.

Bajé la cabeza, volví a mirar la tumba... y entonces un escalofrío; y otra vez el papel amarillento (o quizás un poco ocre), arrugado, colocado como al descuido en un sitio distinto al del día anterior, encima de otras dos notas. Miré hacia todos lados y no vi a nadie cerca; sólo una anciana que alimentaba a un par de gatos. Y entonces el desconcierto, y otra vez la mano extendida para coger el papel y desarrugarlo lentamente y confirmar que la letra era la misma y que alguien estaba dejando allí trozos de una historia; una historia rota que buscaba desesperadamente reencontrarse; o reescribirse; o quizás perderse para siempre entre lápidas y muertos. La nota ponía:

... la vida, como un comentario de otra cosa que no alcanzamos, y que está ahí al alcance del salto que no damos ...

¿El salto que no damos?, pensé. Pero si salté un océano, salté el ecuador, salté tres fronteras, salté hambre y frío... y no conseguí nada; sólo más angustia y soledad. *¿El salto que no damos?...* pero ¡por favor! Llevo doce mil kilómetros cayendo desde que decidí dar el salto; y ni siquiera consigo terminar de estrellarme. *¿El salto que no damos?...* pero... Y así seguí durante varios minutos, indignado y molesto, convencido de que esas notas estaban destinadas a mí, de que eran una burla cínica y mordaz a mis decisiones, siempre equivocadas. ¿Cómo podían esas palabras escritas vaya a saber por

quién reflejar tan bien lo que yo pensaba? O peor aún, lo que debía pensar. Y es que de cuando en cuando ocurría que las palabras de los muertos coincidían con lo que estaban pensando los vivos (si unos estaban vivos y los otros muertos). Es curioso, pero a veces pareciera que los muertos saben más de nosotros que nosotros mismos. Guardé otra vez la nota en el bolsillo de la chaqueta asegurándome de que nadie me viera y me fui del cementerio pensando en esa otra cosa que no alcanzamos y que está ahí, al alcance del salto que no damos.

Volví al cementerio cada día y allí estaba, cada día, mi trozo de historia, mi pequeña porción de historia; de aquella historia partida que misteriosamente alguien dejaba allí cada día; un trozo de papel amarillento (o a veces ocre) y arrugado que, intuía, formaba parte de una historia que yo podía reconstruir, que yo quería reconstruir; como si se tratara de armar un inmenso puzzle. Pensaba en ello todo el tiempo y mi obsesión era tal que comencé a visitar el cementerio a todas horas para ver si podía dar con la persona que dejaba esas notas. Sin embargo día tras día fracasaba en mi intento. El trozo de papel amarillento, mi pequeña porción de historia, aparecía allí, sobre el mármol, sin que tuviera ni la más remota idea de quién lo dejaba y por qué.

Pasaban los días y yo seguía acumulando trozos de aquella historia partida. ¿Cuántos pedazos componían la historia? ¿Llegaría algún día a completarla? ¿O tendría que rellenar los vacíos con partes inventadas, con mentiras, con retorcidas elucubraciones? Cada trozo, cada nueva porción de texto, agregaba un rasgo nuevo y único a la imagen que yo me iba formando de lo que podría ser la historia; una historia que seguramente nunca llegaría a conocer de forma completa, pero que podría llegar a intuir hasta donde ella me lo permitiese, hasta toparme con ese misterio impenetrable que tienen algunas historias (y algunas mujeres). Y entonces el frío y un reflejo

involuntario llevaron mis manos a refugiarse en los bolsillos de la chaqueta donde mis dedos volvieron a toparse con la carta de Ana que como un ancla descomunal, como un lastre infinito me tira hacia abajo, me retiene prisionero de esta historia que ya no sé si es (o si quiero que sea) la mía. Y entonces volver a pensar en Ana; en que nunca llegamos a conocer realmente a nadie, ni siquiera a la persona que amamos, ni siquiera a nosotros mismos. Nunca llegamos a conocer todos los detalles de una historia, de esta historia. ¿Quién es en realidad Ana? ¿Es aquella que se mareaba conmigo de placer? ¿O acaso la que ya no contestaba mis cartas? ¿La que se reía conmigo hasta ahogarnos de la risa? ¿Acaso la que se emborrachó de alegría cuando obtuvo la Madame Curie? ¿Cuántos papelitos hacen falta para completar la historia? Sólo conocemos fotogramas, instantes, destellos de la vida de los otros; eso es todo lo que tenemos; pero no nos alcanza; el insoportable terror al vacío, el *horror vacui*, nos empuja a completar los huecos, a inventarnos la parte de la historia que no conocemos, a poner allí todos nuestros temores y nuestras ilusiones. Necesitamos completar la historia, necesitaba ponerle fin a esta historia.

Me planté un día en el cementerio antes de que abriera y decidí que iba a quedarme allí hasta que viera quien dejaba aquellos trozos de historia, de esta historia. Pasaron las horas, tres gatos, frío y un poco de ansiedad y desánimo. Pasaron algunas personas por delante de la tumba de Morelli dejando flores y notas, pero no aquella que yo esperaba tan ansiosamente. A pesar de que ya se me había hecho costumbre deambular por los cementerios, no dejaba de sorprenderme la cantidad de personas que visitan las tumbas de seres que les son totalmente ajenos. ¿Qué buscaban aquellas personas? ¿Qué buscaba yo? Quizás subimos a los hombros de los muertos; quizás sólo subidos sobre una enorme montaña de desesperanzas, sueños rotos y desilusiones es que

logramos ver un poco más allá de nuestras narices. Pareciera como si ciertos muertos fueran una especie de abono para el alma. Quizás nunca vuelva a ver a Ana; quizás no logre saber por qué me dejó; quizás tenga que inventarme parte de la historia; o quizás tenga que aprender a vivir con una historia partida, con la insoportable sensación de no saber exactamente cómo fue que ocurrieron las cosas. Quizás no sea tan terrible después de todo; quizás no importe.

En algún momento de la tarde que no podría precisar, yo miraba con desgano cómo una hormiga salía trabajosamente de debajo de unas piedritas que bordeaban la tumba de Morelli; la hormiga caminó la inmensa distancia de casi un metro que separa la tumba del enorme tilo y comenzó a subir por el tronco; luego se paseó por una de sus ramas y al pasar cerca de una hoja seca, de un familiar tono ocre, ésta se desprendió y cayó, olvidándose para siempre del árbol; la hormiga se perdió detrás de la rama y yo me perdí en mis pensamientos. Cuando volví a bajar la vista observé absorto, con una mezcla a partes iguales de excitación, incertidumbre y temor, que sobre el mármol había aparecido una hoja color ocre, arrugada, colocada como al descuido; miré inmediatamente alrededor y no vi a nadie. Dudé un momento y luego cogí la hoja; la nota ponía:

... de cuando en cuando ocurría que las palabras de los muertos coincidían con lo que estaban pensando los vivos (si unos estaban vivos y los otros muertos)...

... si unos estaban vivos y los otros muertos, repetí lentamente. ¿Y si fuese eso? ¿Y si fuese simplemente eso? Me quedé un rato así, pensando. ¿Sería yo mismo algo más que un conjunto de notas (de amores, de ilusiones, de miserias) montadas con

mayor o menor acierto? Y entonces mi rostro recordó, cómplice, aquella sonrisa que solía habitarlo. Sólo había que saber reescribir la historia. Me levanté del banco y comencé a caminar por los senderos cubiertos de hojas muertas. En algún momento, asegurándome de que no me diera cuenta, dejé caer como al pasar la carta de Ana y salí por fin del cementerio.

¿Y qué hacer ahora que esta historia está terminada? Quizás lo mejor sea romperla en mil pedazos y repartirla por los cementerios de París. Siempre habrá algún muerto agradecido de que de cuando en cuando lo que piensan los vivos coincida con lo que han escrito los muertos (si es que unos están muertos y los otros están vivos).

París, 18 de Agosto de 2007
San Sebastián, 17 de Junio de 2011

Espejos

*A mis padres,
ahora que entendí.*

*A Martín,
ahora que sos padre.*

No sé para quién escribo esto. Quizás escribo para mí (para nada); quizás escribo estas líneas para ordenar mis ideas; para negarlas; para huir de ellas; ¿para aceptarlas? O para no pensar, para no pensar más. O quizás estas líneas sean para vos, viejo; para vos que nunca vas a leer esto; para vos que estás del otro lado. O quizás lo importante sea comprender; ¿comprender o comprenderte? ¿comprenderme? O acaso comprender que a veces lleva cuarenta años comprender a los viejos. O quizás no importe para quién escribo; a veces basta con imaginarse que alguien está allí para escucharnos, ese otro que nos permite intuirnos. Y es que todos necesitamos que alguien nos escuche; o al menos, escucharnos en alguien. Es curiosa la comunicación; a veces parece que uno se comunica con otro, cuando en realidad, en lo más profundo de ese acto, uno está hablando consigo mismo. Es como si el otro fuese un espejo donde uno puede reflejarse y reconocerse. Y mientras releo lo que acabo de escribir todo se me mezcla, se me confunde; uno, el otro, el espejo, el reflejo; y a veces creo que cada uno de nosotros somos al mismo tiempo uno, el otro y el espejo.

Aquella noche llegué a casa alrededor de las nueve. Ana estaba aún en el curso de francés y llegaría más tarde. María me dijo que Nicolás había cenado bien, había hecho los deberes y que estaba mirando la tele; luego agarró su bolso, me saludó y se marchó, no sin antes decirme: *señor, últimamente lo veo muy cansado; debería trabajar*

menos, y cuando ya estaba en la puerta agregó: *¡Ah! Le dejé la correspondencia sobre el escritorio*. Acomodé, con un esmero impropio de mí, los paquetes que traía sobre la encimera de la cocina y me dediqué a arreglar las flores que había comprado. Les corté los tallos (que eran excesivamente largos), quité algunas hojas que estaban feas y las coloqué en un jarrón con agua. Y mientras me abocaba a esta tarea me asaltaban las metáforas: ¡cuánto trabajo nos tomamos por unas flores que sólo van a durar un par de días! pensaba. Y si duraran dos semanas ¿acaso tendría más sentido? ¿Cuánto tiene que durar algo para que valga la pena dedicarle tiempo? Por más empeño que le pusiera las flores se iban a morir en un par de semanas; ¿dejaban por eso de ser hermosas? Dejé las flores (y mis dudas y las metáforas) en la cocina y me fui a la sala a ver a Nicolás que me rodeó enseguida con sus pequeños brazos, con esos brazos gigantes, y por un momento, por un fugaz momento, la confusión desapareció y fui feliz y me olvidé de todo y sentía sólo su presencia y la mía; y nada más. Intercambiamos un par de besos, y luego volver a la realidad.

Le dije que le había traído figuritas; *de las que te gustan* – agregué ensayando una frase que me era ligeramente desconocida. Él no pudo disimular la sorpresa; era bueno disimulando, pero no pudo; y comenzó enseguida a destruir los envoltorios en busca de las figuritas mientras yo hurgaba en mi conciencia en busca de respuestas; me debatía si hablar con Nicolás, o no hablar; si hablar con Ana, o no; si hablar o no hablar. ¿Acaso serviría para algo? Y mientras yo me perdía en mis cavilaciones, Nicolás terminaba de destripar el tercer sobre de figuritas. Luego me volvió a mirar y me preguntó

- Papá, ¿por qué te has puesto corbata?
- Tenía una cita importante. ¿Cómo te fue hoy en el cole?

- Bien.
- ¿Qué hicieron?
- Aprendimos sobre los seres vivos. ¿Sabías papá que los seres vivos son los que nacen, crecen, se reproducen y mueren?

¡Qué triste definición! pensé para mí; pero mantuve la cara lo más alegre que pude y continué la conversación

- ¿Entonces nosotros somos seres vivos? – le pregunté.
- ¡Claro! – me respondió – yo ya nací y estoy creciendo.

Y no se percató, no podía percatarse, de lo que su respuesta suponía para mí. ¡Qué pobres que son las definiciones! volví a pensar; dejan fuera casi todo lo que es esencial a la cosa definida. *Nacen, crecen, se reproducen...* y mientras pensaba en esto alcancé a notar en el rostro de Nicolás una sonrisa al mismo tiempo familiar y extraña; una sonrisa que yo conocía perfectamente, pero que no estaba acostumbrado a ver en otra cara. Descubrí, no sin cierta inquietud, que Nicolás llevaba puesta la que había sido mi sonrisa de niño.

- A que no adivinás qué vamos a hacer el sábado – dije de pronto para volver a la conversación y alejar los fantasmas.

Él se lo pensó un momento y mientras el rostro se le volvía todo alegría me dijo.

- ¡Por fin! ¡Por fin! Me vas a llevar. ¿Puedo invitar a Diego?
- Claro que sí – le respondí – y vamos a llevar la cámara y vamos a hacer un montón de fotos.

Y Nico no dejaba de dar saltos de alegría y por un momento, por un fugaz momento, yo me sentí tan feliz. Hubiera dado cualquier cosa por prolongar ese instante indefinidamente. Pero la realidad, la puta realidad te arranca del Edén en el momento más inesperado y te arroja por ahí; ni siquiera se sabe dónde; por ahí. Traté de

controlarme y le dije a Nicolás que ya hablaría con los padres de Diego y que el sábado lo pasaríamos en grande.

- ¿Y esas flores para quién son? – me dijo señalando el jarrón en la cocina.

- Son para mamá.

- ¿Es su cumpleaños? – preguntó perplejo.

- No; son... son, unas flores... que le traje – dije dubitativo. Bueno, es hora de irse a la cama.

Dejé el maletín en el estudio y fui a su cuarto a darle un beso de buenas noches.

Me abrazó tan fuerte que por un momento pensé que presentía algo. Pero no; era imposible que notara algo. Cuando me soltó, lo volví a mirar a los ojos.

- Te brillan los ojos, papá – me dijo.

- Debe ser el cansancio – respondí sin la menor convicción.

- Cuando llegue mamá le dices que venga a darme un beso, ¿vale?

Alcancé a decir que sí y me fui de la habitación antes de que me quebrara definitivamente.

Ana no volvería hasta cerca de las once. Me senté en el estudio y comencé a tamborilear con mis dedos sobre el escritorio mientras miraba la biblioteca en busca de vaya uno a saber qué; miraba los lomos de los libros; libros que había leído, libros que no, libros que ya no iba a leer. Repasé algunos títulos; todos me resultaban, ahora, terriblemente hostiles... En busca del tiempo perdido, Viaje al fin de la noche, El libro de las ilusiones, La insoportable levedad del ser... Me levanté de la silla y tomé el libro de Kundera. Al releer la primera página una leve sonrisa se instaló en mi cara: Nietzsche y el eterno retorno. Hoy daría cualquier cosa porque esta noche se repitiera eternamente: llegar a casa, acostar a Nico, abrir la correspondencia, esperar a Ana; esa

deliciosa rutina tantas veces repudiada y ahora tan deseada como imposible. Dejé el libro en su sitio (porque cada libro de esa biblioteca tenía su sitio; cada cosa en mi vida tenía su sitio. ¡Qué horror! Ya estoy hablando en pasado.) y me senté a mirar la correspondencia. ¡A mirar la correspondencia! Y me acuerdo entonces de los presos del corredor de la muerte que el día de su ejecución (y el anterior y el anterior del anterior) se lavan los dientes con esmero, y luego cierran el dentífrico y colocan el cepillo en su sitio; y una factura del móvil, los resúmenes del banco, publicidad y nada más con qué distraerme; y entonces ya no me queda más remedio que abordar aquel sobre enorme, acolchado, con aquella letra inconfundible. Y hacía girar el sobre con mis dedos; de un lado ponía mi nombre y más abajo Burgos, España; del otro lado ponía Carmen Oviedo y más abajo Buenos Aires, Argentina; destinatario y remitente; una extraña pareja que se alternaba continuamente mientras hacía girar el sobre; el lado de acá y el lado de allá (¿dónde había leído eso?); y en el medio un océano, un espejo, que nos refleja espacial y temporalmente; una historia de idas y vueltas a un lado y al otro del espejo que cíclicamente se repite a lo largo de los años. Pero ahora yo estaba del lado de acá y temía que el contenido del sobre me metiera otra vez en el espejo y no supiera al salir de qué lado iba a quedar; las cartas de mamá eran siempre una caja de Pandora; pero aún así me decidí y abrí el sobre, muy lentamente; dentro del sobre había una pequeña nota que dejé sobre el escritorio y luego extraje muy lentamente una gran fotografía mía de cuando tenía ocho años. Me recliné sobre la silla y contemplé la foto detenidamente. El niño (o sea yo; pero pensaba: el niño) sostenía orgulloso una pelota de cuero número cinco; vestía una remera a rayas y estaba ligeramente despeinado. Un poco más atrás, y ya fuera de foco, se distinguía un póster con los jugadores de Boca que tenía en la pared de mi habitación. El niño miraba directamente a la cámara, es decir a mí, con unos ojos grandes y redondos y esa expresión inocente que nos invade cuando miramos la vida

desde los ocho años. Sin embargo había algo allí, en aquella mirada, que no era tan inocente como debía, o al menos eso me parecía ahora; como si ese chico presintiera que algo inexplicable iba a ocurrir; aquella fue la última foto que me tomó mi padre. Respiré hondo y volví a concentrarme en aquella mirada que me observaba desde el fondo de los tiempos, desde el lado de allá. De pronto un brillo, un destello, salió de sus ojos; contuve la respiración y tragué saliva; el aire se hizo más denso y comenzaron a sudarme las manos; sin dejar de mirarlo, sin que dejara de mirarme, comencé a sentir su presencia, una poderosa presencia que llenó enseguida toda la habitación; y yo me sentí empequeñecido, minúsculo a su lado; dejé la pelota y me acerqué a mi padre que me miraba con los ojos vidriosos.

- Papá, ¿por qué te has puesto corbata? – le pregunté.
- Tenía una reunión importante – me respondió sin mirarme a los ojos. Mi padre nunca usaba corbata; sólo cuando iba al médico.

Luego me preguntó qué había hecho en el colegio y cómo me había ido en el examen de lengua. Noté entonces que mi padre llevaba un paquete en la mano y le pregunté qué era.

- Es un regalo para mamá – me respondió.

Era raro; papá nunca le traía regalos a mamá. Y algo debió notar en mi rostro, en mi manera de mirarlo, porque cambió de tema rápidamente.

- ¿A que no adivinás a dónde vamos a ir el sábado?

Dudé un instante y luego mis ojos se abrieron como dos farolas; no podía creer que por fin me iba a llevar al circo; era sin duda el día más feliz de mi vida.

El sábado mi padre me llevó al circo. Se comportaba conmigo como el padre que yo siempre había soñado. Por primera vez lo veía contento de verdad; no hubiera podido explicarlo entonces, pero yo sentía que conectaba conmigo. Los siguientes dos sábados me llevó a jugar al fútbol. Él nunca me llevaba los sábados, siempre tenía que trabajar; pero aquellos sábados fueron distintos, especiales. Estaba alegre y me hacía fotos, muchas fotos; algunas las amplió y las colocó en marcos que luego colgaba por toda la casa. Después del fútbol íbamos a tomar helados y él hacía bromas y nos reíamos mucho; y se hacía el payaso y la gente nos miraba y yo estaba orgulloso de mi padre. Luego volvíamos a casa caminando a través del parque y mirábamos la tele y jugábamos al TEG hasta tarde y luego me acompañaba a la cama y me leía un cuento; después yo lo escuchaba charlar animadamente con mamá y se reían y yo me iba quedando dormido en ese murmullo de felicidad que había invadido mi casa.

Unos días antes del siguiente sábado todo cambió; un llamado telefónico, una cara de espanto, lágrimas, llantos, más llamados, más llantos; y después flores, mi primer traje, más lágrimas, un vestido negro, más llantos, gente desconocida besándome y acariciándome el pelo. Después, ya no hubo más sábados.

San Sebastián, 1 de Febrero de 2010